

Buenos días a todos:

Cada 28 de julio tengo un doble motivo para celebrar: primero por un aniversario más del Perú, y luego por el mío propio; esta vez cumpla 75 años. Desde luego para mí es un gran honor y orgullo esta coincidencia.

El 28 de julio del ya lejano 1990 recibí como regalo del destino y del pueblo, mi juramentación como presidente de la República. Quizá otros hubieran preferido no recibir como regalo semejante responsabilidad: el país estaba económicamente quebrado, con una hiperinflación monstruosa y con una devastadora violencia atizada por el terrorismo.

Por ello esas fiestas patrias de 1990 fueron las más sombrías y tristes que recuerdo. Ese 28 de julio me prometí a mi mismo entregarme en cuerpo y alma a la tarea de rescatar al Perú del abismo en que se encontraba. Me prometí hacer todo lo posible porque nuestro país volviera a celebrar un 28 de julio mirando con esperanza el futuro, persiguiendo nuevamente sus legítimos sueños de grandeza y prosperidad.

Experimenté, tras tres años de trabajo intenso, una de las más grandes satisfacciones de mi vida el 28 de julio de 1993. Ese día pude anunciar al país desde el Congreso de la República, lo que ya se respiraba en las calles de las ciudades y en todas las aldeas, villorrios y poblaciones de nuestra patria, que regresaba la paz y la tranquilidad a los hogares peruanos.

Y anunciar también la derrota de la hiperinflación, la recuperación del orden y la estabilidad en la economía, y el arribo de las inversiones como no ocurría en 30 años. Es decir, dejábamos atrás el descalabro nacional, y volvíamos a ser un país viable.

Entonces, en 1993, hace ya 20 años, cumplidas las primeras tareas de la Reconstrucción Nacional, empecé a soñar con el Nuevo Perú. Como soy ingeniero y un hombre realista llamo sueños a mis más ambiciosos proyectos.

Lograda la paz interna mi gran sueño era la paz externa, cerrar nuestras fronteras terrestres después de más de 150 años de indefiniciones y conflictos a causa de ello. Soñaba con la definitiva paz con Ecuador, con no gastar cientos de millones en armas y reclutar a la fuerza a los jóvenes de los sectores populares a través de un inequitativo “servicio militar obligatorio”. Este sueño mío se hizo realidad en 1998.

Entre mis sueños más caros estaba el terminar con el olvido del Estado respecto de cientos y cientos de poblaciones de Sierra y Selva, a través de mi propia presencia en esos lugares. Son, en verdad, muy raros los pueblos del Perú que pueden decir “aquí no ha venido ningún presidente”.

Terminar con el olvido del Estado significaba hacer realidad condiciones de vida dignas para esas mismas poblaciones, es decir infraestructura vial, energética, sanitaria, y educativa. Yo predicaba el mercado, pero no para unos cuantos, sino para todos los peruanos.

Soñaba, no solo con cifras azules, con crecimiento económico y material, sino con desarrollo humano para todos esos pobladores que fueron siempre los convidados de piedra de la República. Desarrollo humano significa educación de calidad, salud de calidad. Soñé con miles de colegios dignos, con disminuir drásticamente la mortalidad y la desnutrición infantil. En buena parte este sueño se cumplió.

Cada 28 de julio no solo hacía promesas, sino, básicamente un informe de sueños cumplidos. Los ciudadanos, especialmente, los de abajo, lo sentían en sus vidas.

Y seguía soñando y haciendo. ¡Cuánto había por hacer en un país donde campeaba la discriminación económica, étnica y cultural!

Hasta el 90 todavía se distinguía entre peruanos “genuinos” y extraños, de primera generación, cholitos y negritos. Yo era considerado un peruano de primera generación y hay quienes querían en 1990 que se me descartara como candidato a la Presidencia por ese motivo. ¡Cuánto hemos cambiado desde entonces! Y es que los humillados, ofendidos e insultados, los considerados impresentables por ciertas elites, son ahora orgullosos y admirados ciudadanos. Ahora el Perú ya no solo es San Isidro, Miraflores, Las Casuarinas, sino los conos, la emprendedora Gamarra. ¡Otro sueño cumplido!

Soñé, pues, con un Estado que se acercara a la gente. Y por eso le puse polo, bluejeans y zapatillas al Estado, lo hice trepar los cerros, navegar por los ríos de la Amazonía y levantar el polvo de los Asentamientos Humanos.

Han pasado 20 años desde 1993. En este tiempo ha crecido, al amparo de la paz y el progreso reconquistados toda una nueva generación de jóvenes peruanos, una generación entusiasta. Para ellos es el Nuevo Perú, un país distinto cada 28 de julio, aunque debo decir que lamentablemente la velocidad del cambio disminuye cada vez más. Eso se siente en el aire.

Yo desearía cada 28 escuchar no promesas, sino hechos, hitos que nos acerquen a ese país de las oportunidades con que he soñado desde antes de 1990. ¡Nunca más caminar hacia atrás!

Mañana la República del Perú cumple 192 años. Yo apenas 75. Sigo soñando, no importa que lo haga aquí en el Penal de Barbadillo donde estoy recluido. Llevo al Perú dentro de mí donde esté. Mi cuerpo está encerrado, mis sueños, no.

Un feliz 28 de julio, queridos amigos.

Alberto Fujimori